

VIRUÉS, CRISTÓBAL DE (1550-1614)

*LA INFELICE MARCELA*

FIGURAS:

MARCELA, PRINCESA  
ALARICO, CONDE  
ISMENIO, CABALLERO  
TERSILO, CABALLERO  
FORMIO, SALTEADOR  
TRINCO, SALTEADOR  
FRACASO, SALTEADOR  
BRANDO, SALTEADOR  
ZAMBO, SALTEADOR  
RUMBO, SALTEADOR  
FELINA, SALTEADORA  
ORONTE, CABALLERO  
LANDINO, PRÍNCIPE  
ISIDRO, CRIADO DEL PRÍNCIPE  
DIONISIO, CRIADO DEL PRÍNCIPE  
SILVIO, CRIADO DEL PRÍNCIPE  
MONTANO, PASTOR  
TORIBIO, PASTOR

Es el teatro un monte espeso, con una cueva

PRÓLOGO

Rotas las velas y la antena rota,  
las gúmenas y jarcias destrozadas,  
sin árbol, sin timón y sin escota,  
todas las obras muertas quebrantadas,  
sin tino de tomar cierta derrota  
por las dudosas ondas levantadas,  
confuso y triste el mísero piloto  
el puerto busca, a su deseo remoto.

Mira la nave que sacó del puerto  
con viento blando, fresco y favorable,  
ir por el ancho mar furioso incierto

corriendo su tormenta incontrastable;  
el cielo que sacó claro y abierto  
le ve cerrado, triste y espantable,  
y en vez de puerto do salvar las vidas  
ásperas rocas de la mar batidas.

Tal es de los humanos la esperanza,  
mientras en cosas frágiles se funda;  
así vuelven los vientos su bonanza,  
así a su primer bien en mal segunda,  
espera de sus hechos alabanza  
el que los hace con virtud profunda,  
y halla dellos un jüez que mira  
todo lo que es así con ojos de ira.

Salgo con voluntad y firme intento  
de procurar el gusto y el regalo  
del que con claro y alto entendimiento  
conoce lo que es bueno y lo que es malo;  
y luego de través el vano viento  
del vulgo, cuyo voto al aire igualo  
me levanta la mar, pensando cierto,  
que estorba de tomar el salvo puerto.

Esto es así; mas gran consuelo tengo  
pues han de ser en mi favor los sabios,  
a quien, pues tales son, nada prevengo  
de lo que han de explicar mis torpes labios;  
con los que no lo son, en nada vengo,  
ni temo sus satíricos resabios,  
pues aunque en rota barca en su mar ande,  
es el favor de los discretos grande.

## PARTE PRIMERA

(Hablan dentro Alarico, Tersilo, Ismenio.)

ALARICO.

Da a la banda el timón al diestro lado;  
salva la peña y en la arena embiste.

TERSILO.

No hay que temer; mil veces seas loado,

cielo, que a salvamento nos trajiste.

ISMENIO.

Sosiega, Reina, el pecho alborotado,  
pues dicha tal, pues suerte tal tuviste.

ALARICO.

Sal del batel, Señora, ya segura,  
y en nuestros brazos y hombros te asegura.

(Sacan a Marcela, Alarico, Ismenio, Tersilo.)

MARCELA.

¡Oh, tierra, nuestra madre tan piadosa,  
besarte quiero y todos te besemos,  
pues sin temor de la alta mar furiosa,  
salvos en tu regazo ya nos vemos!

ALARICO.

Es hacer esto muy debida cosa.

ISMENIO.

Besarte y adorarte así debemos.

TERSILO.

En reconocimiento te adoramos  
del favor que del cielo en ti gozamos.

MARCELA.

¡Oh, mar furiosa, oh, mar embravecida,  
enemiga mortal de los humanos!  
¿Quién de ti fía? ¿Quién hacienda o vida  
confía en tus rigores inhumanos?  
¿Y es acaso esta tierra conocida,  
amigos, de mí amados como hermanos?

ALARICO.

Señora, sí. No tengas ya cuidado  
sino en cobrar lo que perdió el pasado.

MARCELA. Hasta que vea yo, noble Alarico,  
a mi Landino, es imposible verme  
en estado tan próspero y tan rico  
que sin cuidado pueda entretenerme.

ALARICO.

Verásle presto. Yo lo certifico.

MARCELA.

Así lo espero yo.

ALARICO.

Puedes creerme.

MARCELA.

Encomiándoos, señor, la diligencia  
cuanto lo ha menester el mal de ausencia.  
Que aunque el soberbio viento porfiado  
y el gran rigor del ímpetu marino  
mis galas y mis joyas me ha quitado  
con su furor airado y repentino,  
pues la dulce esperanza me ha dejado  
de ver a mi dulcísimo Landino  
con vuestro amparo y diligencia y guía,  
tiene consuelo el alma triste mía.

ALARICO.

Tenle, Señora mía, y sin tristeza,  
sino con el valor que en ti se encierra;  
y porque pueda ser con más presteza  
el buscar paz a tu amorosa guerra,  
Ismenio, tú, con singular destreza,  
pues sabes bien los pasos de esta tierra,  
adelántate luego, amigo, y vuela  
por un coche o litera a Compostela,  
que no es razón, aunque el camino es breve,  
que pase la Princesa a pie este monte.  
Carro o caballo o cosa que la lleve  
sin falta trae, antes que el sol trasmonte.

ISMENIO.

Lo que mandas haré como se debe,  
antes que se oscurezca el horizonte.  
Yo voy volando.

MARCELA.

Yo, señor, os ruego  
que volváis luego aquí.

ISMENIO.

Volveré luego.

ALARICO.

En tanto vos, Señora, es acertado  
que reposéis un rato, reclinada  
en estas peñas, libres del pesado  
tormento que os causó la mar airada.

MARCELA.

Según el corazón tengo alterado  
y me siento afligida y mareada,  
será bien hacer eso.

TERSILO.

En esta parte  
puedes mejor, Señora, acomodarte.

ALARICO.

Y mientras tú descansas y reposas  
y vuelve Ismenio aquí de Compostela,  
Tersilo y yo, tratando en nuestras cosas,  
haremos desviados centinela.

MARCELA.

Confío en vuestras manos valerosas.

(Apártase.)

ALARICO.

Entre las tuyas mi alma triste vuela.  
(Aparte.)

¡Ay, mi Tersilo! ¡Escucha, atiende, advierte

(Alto.)

con dolor de mi vida y de mi muerte!  
Conviene, caro amigo, que te acuerdes,  
primero que mi pecho veas abierto,  
de la hermandad que en nuestros años verdes  
abrió de la amistad camino cierto,  
y que conmigo ahora así concuerdes  
que quede en su fineza aquel concierto  
que ha de haber en dos almas concertadas  
que la santa amistad tiene enlazadas.  
No sé cómo comience a descubrirme;  
no sé cómo te diga mi tormento;  
no sé, Tersilo, cómo has tú de oírme;

no sé yo cómo pinte lo que siento.

TERSILO.

Si es, Alarico, para persuadirme  
con esa prevención mejor tu intento,  
basta, no hay para qué, que ése es rodeo  
vano en buena amistad.

ALARICO.

Así lo veo,  
y así procederé con más llaneza  
y sin gastar palabras. Oye. Digo,  
Tersilo amado, que por la belleza  
de aquel ángel que ves, soy ya enemigo  
de la santa lealtad, de la nobleza,  
y de cuanto el honor tiene consigo.

TERSILO.

¿Qué dices, Alarico?

ALARICO.

¡Ay me, que muero,  
y que sólo de ti la vida espero!

TERSILO.

Repórtate, suplicote, y no quieras  
en un punto perder lo que en mil años  
no pudieras ganar, aunque anduvieras  
venciendo siempre innumerables daños;  
rinde con tu valor vanas quimeras  
y vence con tu honor viles engaños.  
Acuérdate de ti, de ti te acuerda,  
no des al apetito tanta cuerda.  
No te olvides, señor, de la crianza  
que en la casa del Príncipe Landino  
tuviste desde niño, y la privanza  
a que después esta crianza vino.  
Vuelve los ojos a la confianza  
que él tiene en ti, por singular camino.  
De Marcela y tu Rey honor y vidas  
aquí en tu confianza están unidas.

ALARICO.

Remedio pido yo, Tersilo mío,  
consejo no, que ya el amor del todo  
tiene en su fiera mano el albedrío,

y no puede tomalle de algún modo.  
De ti, como de mí, Tersilo, fío.

TERSILO.

Pues yo no sólo aquí no me acomodo  
con tu intención injusta, pero digo  
que en ella te seré fiero enemigo.  
Aunque esto no es posible ser de veras,  
no lo puedo creer. Esto es tentarme,  
y ahora sean burlas, ahora veras,  
de las cosas debo yo agraviarme,  
que cierto ahora ya excusar pudieras  
tras tantas experiencias el probarme.

ALARICO.

No yo, tú a mí me pruebas y me tientas,  
y en vano aquí contradecirme intentas.  
Veras son las que trato, y sonlo tanto,  
que si a ellas no das consentimiento,  
habrás de ver con esta espada cuánto  
te dañará contradecir mi intento.

TERSILO.

¿Piensas, traidor, que han de causarme espanto  
tus amenazas que se lleva el viento,  
y que por ellas he de serte amigo,  
siendo a la lealtad y fe enemigo?

ALARICO.

Ya aquí no puede ser de otra manera.  
Por aquí mi remedio va guiado.  
Muera quien estorbarle quiere.

TERSILO.

Muera  
quien debe ser como traidor tratado.  
(Acércase MARCELA.)

MARCELA.

¿Qué furia, qué rigor, qué rabia fiera,  
qué nuevo mar aquí se ha levantado?  
¿Qué tormenta se ofrece ahora en tierra  
que más que la del mar me mueve guerra?  
¡Ah, traidor Alarico! ¿Que a tal punto  
habías de traer tu intento ciego?  
¿Qué es esto, justo cielo, todo junto

contra mí, sin que valga humilde ruego?  
Tersilo vendrá a ser aquí difunto;  
no me concede el miedo más sosiego;  
pues este amigo me es tan enemigo,  
el enemigo mar será mi amigo.  
(Vase.)

ALARICO.

¿Qué porfías en vano? ¿Qué porfías  
contra la muerte que te da mi espada?

TERSILO.

Ya veo en vano ser las fuerzas mías;  
no puede ser mi fe más sustentada.

ALARICO.

Tienes el justo fin que merecías,  
pues mi buena amistad tuviste en nada.  
Queda, cuitado; rinde el alma al cielo;  
yo voy tras quien la mía lleva en vuelo.  
(Vase.)  
(Tersilo, caído herido.)

TERSILO.

Aún podré seguirte;  
aún la aguda espada  
podré guiar a tu alevoso pecho;  
tengo de perseguirte;  
por mí ha de ser vengada  
mi muerte triste y la traición que has hecho.  
Traidor, aguarda, espera;  
mas no es posible ya desta manera.  
Si el peso acrecentado  
con la cercana muerte  
del triste cuerpo en sangre ya teñido  
al pie debilitado  
no permite que acierte  
ni pueda en su rigor ser sostenido,  
no hay que buscar venganza  
sino llamar al cielo en su esperanza.  
(Sale Toribio, pastor.)

TORIBIO.

¿Qué lástima es aquélla que allí veo?  
¿Es de las que haber suele en este monte?  
Miedo me da pasar por allí cerca.



¡Oh, pobre dél! ¡Herido está el cuitado;  
muriendo creo que se va, sin duda!  
¡Oh, traidores ladrones de esta tierra!  
Ellos, sin falta, esta maldad han hecho.

TERSILO.

A vos, justo cielo, pido  
el remedio que conviene  
al alma que a vos aspira  
cuanto su fe le promete;  
a vos, que de justas obras  
sois justo galardón siempre,  
ofrezco yo la que ahora  
en este trance me tiene.  
Ofendido así yo quedo  
de quien la justicia ofende  
defendiendo la justicia  
como es justo defenderse.  
Secretos divinos son  
ocultos a humanas mentes  
suceder bienes por males  
y tener males por bienes;  
que el injusto al justo juzgue  
y que el malo al bueno enmiende;  
que al fuerte el cobarde venza;  
y que el necio al sabio enseñe;  
que prevalezcan tiranos  
y que reinen insolentes;  
que amigos falsos se estimen  
y que fieles se desprecien;  
que un traidor me mate a mí  
porque yo leal mostréme;  
secretos divinos son  
ocultos a humanas mentes.  
¡Oh, siglo, a astutos traidores  
paraíso de deleites,  
que a manos llenas los frutos  
de sus flores les ofreces!  
¡Oh, siglo, a llanos leales  
páramo llenos de sierpes,  
que sólo abrojos produces  
y mortal veneno viertes!  
Maldito el hombre que fía  
en tus miserables bienes,  
maldito el hombre que en hombre  
firme confianza tiene.

Mentiroso es cualquier hombre  
falso y lleno de dobleces,  
arrastrado es cualquier hombre  
de sus propios intereses.  
No hay hombre que mueva un dedo  
si su pasión no le mueve;  
no hay quien haga bien ya, ni hay  
quien no haga el mal que puede.  
¡Traidor, desleal, ingrato,  
que así pudiste ofenderme  
defendiendo con tal celo  
la castidad inocente!  
¿Que tan injusta demanda  
pudo a ti favorecerte,  
y a mí tan justa querella  
pudo en trance tal ponerme?  
No, que no puedo creer  
que he de morir yo sin verte  
que pierdas la vida como  
el honor y la fe pierdes;  
que si por el juicio oculto  
permite el cielo que llegue  
al trance en que tú me has puesto,  
un afligido inocente,  
¡ay de quien le aflige, y ay  
de quien escándalos mueve,  
aunque convenga el haber  
escándalos muchas Veces!  
Y, ¡oh, tres veces, cuatro y mil,  
dichoso aquel que padece  
fielmente por la justicia  
persecuciones de infieles!  
¿De qué me aflijo y me quejo?  
No hay por qué me aflija y queje;  
contento estoy deste daño  
más que si sin él me viese.  
No es sangre la que derramo;  
es rosicler con que muestre  
el oro de la lealtad  
que me adorna y enriquece.  
No es justo que desta llaga  
fisión yo ni muerte espere;  
vida espero de la fama  
mientras el mundo viviere.  
Este divino secreto  
me es claro ahora y patente,

que por darme gloria inmensa  
me ha dado esta pena leve.  
¡Oh, sangre, que derramada  
vida me dais de tal suerte,  
sangría sois que sanáis  
al alma mil accidentes.  
No hay tal para calenturas  
fría en hondo valle fuente  
cual vos en éste de llanto  
para quien gloria pretende.  
Del fuego vivo de honor  
aplacáis la sed ardiente  
que tiene de acrecentarle  
aunque cuanta sois le cueste.  
Salid, sangre, que ya no  
hay pena que contrapese  
a la gloria de la causa  
de esa abundante corriente;  
no cese vuestro correr  
aunque aquí mi vida cese,  
que por honrosas empresas  
vida es gloriosa la muerte.

(Sale Ismenio)

ISMENIO.

¿Qué es esto que se ofrece aquí a mis ojos,  
Tersilo amigo?

TERSILO.

Ismenio, hermano mío.

ISMENIO.

¿Qué desventura es ésta?

TERSILO.

Grande, grande.

¿Tenéis remedio alguno de llevarme  
donde o pueda morir como conviene  
o procure curar siendo posible?

ISMENIO.

Llevarte puedo a Compostela luego  
en un carro que está para Marcela  
de aquí muy cerca en el camino llano;  
pero ¿dónde Alarico y la Princesa

hallar podré, para que vamos juntos?

TERSILO.

¡Ay, Ismenio querido! Yo te ruego  
que al momento me lleves donde dices,  
que de la desdichada de Marcela  
y del traidor infiel por quien preguntas,  
yo te diré el suceso que me cuesta  
el verme cual me ves.

ISMENIO.

Gran sobresalto  
tus razones me dan. Esfuerza, vamos,  
abrázate a mi cuello, no desmayes.  
(Vanse Tersilo e Ismenio.)

TORIBIO.

¿Hay cosa igual? ¿Qué puede ser aquesto?  
Sueño me ha parecido lo que he visto,  
si es verdad que lo he visto y que no sueño.  
Pero no sueño yo, que veo y siento,  
y aun siento y veo una mujer y un hombre  
venir corriendo adonde estoy. ¿Qué es esto?  
(Toribio, Alarico, Marcela.)

MARCELA.

Hijo, defiéndeme si te es posible,  
o guíame do pueda defenderme  
de un hombre que me sigue por matarme.

TORIBIO.

Yo, señora, no sé, que llega el hombre,  
ni espero más aquí. Dios te defienda.  
(Vase.)

ALARICO.

No puedes de mí huir,  
hermosísima Marcela,  
que el amor que es grande, vuela  
tras lo que empieza a seguir.  
Detente, no huyas más,  
firma el presuroso pie;  
no es bien que contigo esté  
como tú conmigo estás.  
No es bien que tu pie ligero  
te canse y te aflija a ti

de la manera que a mí  
tu desdén airado y fiero.

MARCELA.

¡Oh, cielo! ¿Que esto permites  
teniendo rayos ardientes?  
¡Oh, tierra! ¿Que esto consientes?  
¿Que tanta maldad no evites?  
¡Oh, mar! Sin duda supiste  
que se me guardaba en tierra  
esta tan furiosa guerra,  
pues a la tierra me diste,  
que tú contra mí inclinado,  
si este daño no supieras  
nunca a la tierra me dieras;  
tú me hubieras anegado.  
Traidor, desleal, ingrato;  
hombre sin razón ni ley;  
¿contra tu Señor y Rey  
tan enorme desacato?  
¿Qué piensas? Di, ¿qué pretendes?  
¿Qué tu dañada intención?  
¿Cómo en tu fiera traición  
no miras a quien ofendes?  
¿Que a mí, que a Mí tú te atreves  
con tan fiero desatino?  
¿Así a tu Señor Landino  
pagas, traidor, lo que debes?  
Vuelve a la razón los ojos  
poniéndola en su lugar,  
y verássele usurpar  
por esos viles antojos.

ALARICO.

Cuando amor de veras viene  
a rendir un corazón,  
no tiene lugar traición  
ni la razón lugar tiene.  
Digo, Señora, que cuando  
causa traiciones amor,  
quien las hace no es traidor,  
y va la razón en bando.  
Va en bando, va desterrada  
por el amor la razón,  
y la traición no es traición  
en la voluntad forzada.

Fuérzame amor, él me fuerza  
a que intente lo que intento,  
trayendo al consentimiento  
a su pretensión por fuerza.  
No soy yo Alarico aquí,  
amor solamente soy,  
que en él convertido estoy  
después que a él me rendí;  
y así, Señora, concluyo  
que siendo yo el mismo amor  
no sólo no soy traidor,  
sino fiel esclavo tuyo;  
y como tal te suplico  
mires, que esto no te ofende,  
ques amor el que pretende,  
que no pretende Alarico.

MARCELA.

Grande es, grande es la paciencia;  
a mucho se extiende y pasa,  
pues con dolor tan sin tasa  
estoy viva en tu presencia.  
Traidor, ¿con sofisterías  
piensas dorar tu maldad?  
¿Así la infelicidad  
disimulan niñerías?  
¿Tan pequeña culpa es  
ser a tu Rey desleal,  
que pienses tener caudal  
con que cubierta le des?  
Mira, advierte que estás ciego;  
Alarico, vuelve en ti.  
Por tu Señor y por mí,  
que te reportes te ruego.  
Mira que eres bien nacido,  
mira que en tu confianza  
vengo; mira la esperanza  
que Landino en ti ha tenido.  
Mira mi amargo dolor,  
ruégote que te refrenes;  
si es verdad que amor me tienes,  
muéstrame en esto tu amor.

ALARICO.

Es por demás ya, Marcela,  
herir con voces el viento;

ver tengo el fin de mi intento  
con que amor me abrasa y hiela,  
y ha de ser luego, que ya  
es para luego muy tarde,  
y en ser valiente o cobarde  
mi muerte o mi vida está.  
Esto ha de ser desta suerte.

MARCELA.  
¿Qué intentas, traidor? Espera.

ALARICO.  
Ha de ser desta manera.

MARCELA.  
No ha de ser sino mi muerte.  
(Formio, Trinco, Fracaso, hablan dentro.)

FORMIO.  
A las peñas guiad donde la barca  
veis que ha dado al través. Ea, agujemos.

TRINCO.  
Por acá, BRANDO. Sigue tras mí, Rumbo.

FRACASO.  
Por aquí es el camino. Aguja, Zambo.

ALARICO.  
Contra mí viene aquella gente armada.  
¡Brava desdicha, fiera desventura!  
Solos pueden aquí los pies ligeros  
salvar la vida; a ellos la encomiendo.

(Vase.)  
(Salen todos los salteadores.)

FORMIO.  
Al hombre que huyó seguilde, amigos,  
que yo voy tras vosotros en dejando  
la mujer a Felina encomendada.

FRACASO.  
No temas que por pies se escape el hombre.

TRINCO.

Ni aunque los brazos se le vuelvan alas.

RUNBO.

Pues según huye, muestra que las tiene.

ZAMBO.

No le han de aprovechar; tras él volemos.

BRANDO.

Tú, Formio, luego síguenos volando,  
por lo que puede sucedemos.

FORMIO.

Ea,  
que al punto os sigo; no se os vaya el hombre;  
tú en tanto dime. Pero no me digas  
No es tiempo de saber ahora cosa.

¡Ah, Felina! ¡Ah, Felina! ¡Ah, de la cueva!  
(Sale FELINA.)

FELINA.

¿Qué mandas, dulce amor?

FORMIO.

Felina mía,  
queda con esta moza aquí, entretanto  
que voy en seguimiento de los nuestros,  
que siguen un traidor, cobarde, infame,  
que nos dejó en las manos esta presa,  
y él se puso en huída como un gamo;  
no más, que importa no tardarme un punto.

FELINA.

Vuélvate el cielo como yo deseo.  
(Vase Formio.)

Muy a mi gusto ha venido  
la presa esta vez, a fe;  
con ella renovaré  
este mi viejo vestido.  
Y de joyas y dinero  
¿cómo va la bolsa, dama?  
Conforme la gala llama,  
en gran cantidad lo espero.



MARCELA.

Sólo lo que ves, amiga,  
es lo que pude salvar  
de una tormenta del mar,  
con harta pena y fatiga.

FELINA.

Esa es muy grande mentira,  
y yo sé que della habré  
más de dos joyas, a fe.

MARCELA.

Toda me busca y me mira,  
y si más de lo que ves  
hallares, daré la vida;  
busca a tu gusto y medida  
de la cabeza a los pies.

FELINA.

Ahora bien; en mi presencia  
se desnude en carnes luego,  
que esotro buscar es fuego.  
Ea, dama, diligencia;  
quite la ropa, y no crea  
ques donaire el desnudar,  
que no me he de contentar  
hasta que en carnes la vea.  
Ea, acabe, dése priesa,  
que lo toma muy de espacio;  
no es dama aquí de palacio;  
no se suene aquí Princesa,  
que está tan lejos de serlo  
aquí, como donde quiera;  
el toldo de la ramera  
asco me toma de verlo.  
Donosa es la gravedad.

MARCELA.

Yo quisiera no tenella,  
pero no puedo perdella,  
ques natural calidad.

FELINA.

¿Que tan natural le es?  
Alguna reina es, sin falta.

MARCELA.

Mal tendrá suerte tan alta  
quien está puesta a tus pies.

FELINA.

Ea, Princesa, acabemos.

MARCELA.

No soy ya Princesa yo.

FELINA.

Pues ¿fueo algún tiempo?

MARCELA.

No.

FELINA.

Ea, vestidos troquemos.  
Pero, ¿quién es el que viene?  
¡Ay de mí! ¿Quién es aquél?

MARCELA.

Ángel podría ser él  
si es cual a mí me conviene.

(Felina, Marcela, Oronte.)

ORONTE.

Hermosas damas, el cielo  
os dé tanta paz y amor  
cuanto a mí por mi dolor  
me da guerra y desconsuelo.  
Si estorbo con mi venida  
vuestra soledad amada  
volverme he.

FELINA.

Será estimada  
esa merced prometida,  
que estamos aquí esperando  
nuestros maridos y gente,  
y no nos será decente  
hallarnos con vos hablando.

MARCELA.

¡Oh, caballero! ¡Oh, señor!

Si a tu varonil semblante  
es el valor semejante,  
yo te encomiendo mi honor.  
Ésta miente, que es mujer  
de unos ladrones que aquí,  
señor, me han dejado a mí  
como esclava en su poder.

FELINA.

¿Qué dices, traidora perra?  
Señor, miente esta malvada.

MARCELA.

Es verdad averiguada,  
juro por el cielo y tierra.

FELINA.

¿Tal se ha de sufrir? Espera;  
tu marido iré a llamar.

ORONTE.

Aquí le habéis de esperar.  
Mejor es desta manera,  
que yo creo que esta dama  
me dice pura verdad.

MARCELA.

Señor, a vuestra bondad  
encomiendo mi honra y fama,  
que luego aquí volverán  
los traidores, que siguieron  
uno que conmigo vieron,  
tal cual los que tras él van.

ORONTE.

No temáis. Yo soy Oronte,  
a quien, como a su señor,  
tendrán respeto y temor  
los ladrones de este monte,  
los cuales tendrán tal guerra,  
si el cielo a mí paz me da,  
que sin ellos se verá  
bien presto esta triste tierra.  
Vendrán bien presto a mis manos  
estos traidores infieles,  
y seránles tan crueles

cuanto ellos son inhumanos;  
y de las tuyas es bien  
procure guardarme ahora,  
y a vos, hermosa señora,  
sacaros dellas también.  
Venid, que yo os pondré en parte  
donde a vuestro gusto estéis,  
y después que allí me deis  
de vuestros sucesos parte,  
haré por vos todo cuanto  
por mi propio bien haría.

MARCELA.

Veo en vuestra cortesía  
que escucha el cielo mi llanto,  
el cual, señor, os dará  
la paga que esto merece.

ORONTE.

En hacer lo que se ofrece  
por vos, muy pagado está.  
Quédese esta buena pieza,  
y agradezca que es mujer,  
que si no, hubiera de ver  
hoy la ciudad su cabeza.  
Por esta vereda echemos,  
ques un corto y buen atajo,  
por do, con poco trabajo,  
en mi castillo daremos.

MARCELA.

Determinada te sigo;  
por donde mandares guía;  
en tu fe mi alma se fía.

ORONTE.

Serte he verdadero amigo.  
(Vanse Oronte y Marcela.)

FELINA.

No seré yo Felina, la que suele  
revolver un linaje, un reino, un mundo,  
si no hago, soberbio, que os desvele  
lo que habéis hecho el sueño más profundo;  
ello conviene que mi fama vuele  
y que no aspire al título segundo

de brava y vengativa y valerosa,  
sino al primero, como en ser hermosa.  
¿No soy Felina yo, la que en Galicia  
tuvo en bandos partida y alterada  
contra el alto poder de la justicia  
la gente más florida y más granada?  
¿Tiene este Oronte vil de mí noticia,  
que así ahora, corrida y afrentada,  
me deja aquí, llevándose la esclava  
sin mirar que a mí me la quitaba?  
¿Y con las amenazas y los fieros  
de que destruirá por su vil mano  
a Formio mío y a sus compañeros  
como negocio fácil y liviano?  
Si es verdad que mi pecho tiene aceros,  
aquí se han de mostrar. Si yo no allano  
esta injuria y afrenta recibida,  
por una perra quiero ser tenida.  
Por la vereda que corriendo lleva,  
corriendo iré a buscar a Formio mío,  
y en él haré de amor en esto prueba,  
conforme a lo que dél conozco y fío.  
Informarele desta injuria nueva  
deste soberbio, que con tanto brío  
y tan en daño suyo le es contrario,  
siéndole el serle amigo necesario.  
Pedirle he que le busque antes que llegue  
a su vil castillejo a guarecerse.  
Haré que le captive y me le entregue,  
si a nuestras manos es posible haberse;  
como a mi Formio yo en mi punto ruegue,  
podrá en su punto mi venganza verse.  
Volando voy, que daña la tardanza  
para llegar al fin desta venganza.

## PARTE SEGUNDA

(Landino, Isidro, Dionisio.)

LANDINO.

Notable es la aspereza de este monte;  
apenas dejan ver sus espesuras  
la clara luz que dora el horizonte.  
Bien fue apeamos.

ISIDRO.

Bien, pues las alturas  
gustas, Señor, de ver desta montaña  
y de andar por sus sendas mal seguras.

LANDINO.

Por ver el mar que el pie del monte baña,  
y descubrir por él, como atalaya,  
los bajeles que vienen hacia España,  
es bien que por las altas cumbres vaya,  
y que mi gozo, Isidro, así apresure  
como en la mar de que tenerle haya,  
y es bien que este consuelo yo procure  
porque, en lo que me aflige y desconsuela,  
tenga algo que me aliente y me asegure.  
¡Ay, dulce esposa mía! ¡Ay, mi Marcela!  
¿Dónde estará el bajel que os trae ahora?  
¿Si está surto en el mar? ¿Si por él vuela?  
¿Si hiere el viento airado por la proa,  
o si manso por popa se os ofrece,  
obedeciéndoos como a su señora?

ISIDRO.

Ya el Príncipe, Dionisio, se enternece.

DIONISIO.

Ya, Isidro, veo que, cual siempre suele,  
en su dulce pasión se desvanece.

LANDINO.

Vuele el ligero viento en popa, y vuele  
el navío ligero al salvo puerto  
donde mi triste corazón consuele.  
Amigos, yo seguro estoy y cierto  
que Alarico traerá a mi dulce esposa  
con fiel, discreto y varonil concierto;  
mas como mi pasión es amorosa  
y por el consiguiente es vivo fuego,  
y el fuego en su vigor jamás reposa,  
así tengo yo en mí un desasosiego,  
una inquietud, un matador cuidado,  
cual...

ISIDRO.

cual causa, Señor, el niño ciego.

LANDINO.

cual no puede ser visto ni explicado,  
aunque de parte dél dé el alma muestras  
aun en el más medido y reposado.

DIONISIO.

A fe, Señor, que claro tú le muestras.

LANDINO.

Muestro, Dionisio, una pequeña parte.

DIONISIO.

Y en el todo te afinas y te adiestras.

LANDINO.

Eso no dejo yo de confesarte,  
que en amar a Marcela estoy tan diestro  
cuanto en las armas puede estarlo Marte;  
y deste fino amor que veis que muestro,  
inferid en mi alma un grado inmenso  
si tanto cabe en el ingenio vuestro,  
que tal sin duda en mí es amor, y aun pienso  
que digo poco en esto que así digo,  
según siento de mí en lo más intenso.  
Al amor mismo pongo por testigo;  
él diga si hay ahora algún amante  
o si le vio jamás en tiempo antiguo  
que a mí se iguale, no que se adelante,  
con sublime valor, en todo cuanto  
puede valer un amador constante.  
Y no hago yo en esto, amigo, tanto  
que no sea poco, pues a la alta gloria  
del amor de Marcela me levanto.

ISIDRO.

No te divierta tu amorosa historia  
tanto ahora, Señor, que del camino  
perdamos el discurso y la memoria,  
que, según es el monte, yo imagino  
que si nos divertimos y tardamos  
tanto que el sol se baje al mar vecino,  
no acertaremos a ir donde ordenamos  
que los caballos esperasen.

LANDINO.

Ea,

tienes mucha razón, Isidro. Vamos.  
Vamos a Compostela, y ella sea  
el aposento ya de mi esperanza  
hasta que allí su dulce fin se vea.  
¡Oh, si tal deste fin es la tardanza  
que no hay sufrimiento valedero,  
el de la vida muestre su pujanza!  
Al fin en Compostela esperar quiero  
a mi dulce Marcela deseada,  
y a mi Alarico amigo verdadero.  
Vamos. Apresuremos la jornada.  
Salgamos al camino, y los caballos  
volvamos a tomar en la calzada.  
(Salen Silvio y Montano, pastores.)

SILVIO.  
Llámalos ya, no dejes de avisallos.

MONTANO.  
¡Ah, señores! ¡Oíd!

LANDINO.  
¿Qué se os ofrece?

SILVIO.  
Lo que a ellos importa.

LANDINO.  
¿Qué es?

MONTANO.  
Guiallos.

LANDINO.  
Esa buena intención se os agradece.

SILVIO.  
¿Dónde por aquí van tan descuidados?

LANDINO.  
¿Por qué lo preguntáis?

SILVIO.  
Porque parece  
que aquí han venido como si llamados  
por los ladrones deste monte fuesen



para ser dellos muertos o robados.

LANDINO.

¿Por qué razón, hermano?

SILVIO.

Si supiesen  
el peligro en que están en este puesto,  
no dudo que mil cruces se hiciesen.  
Pártanse por aquí, pártanse presto,  
y tomen esta senda a man derecha,  
por do el camino está menos enhiesto.

LANDINO.

Tu celo es bueno pero no se estrecha  
al alma tanto en mí como en tu pecho,  
que a mayores peligros está hecho.  
Tu consejo, por cierto, es de provecho.  
Yo le tengo en mucho y le agradezco.  
Adiós te queda.

SILVIO.

Yo por Él lo he hecho;  
y si por mi intención algo merezco,  
señor, oíd, si el preguntar no yerra:  
¿no me diréis quién es?

ISIDRO.

Sí, yo me ofrezco.  
Príncipe es de León, que a vuestra tierra  
viene a esperar su esposa deseada,  
ques Marcela, Princesa de Inglaterra.  
Y adiós.

SILVIO.

Él lleve a bien vuestra jornada.  
(Vanse Landino, Isidro y Dionisio.)

Éste es a quien aguardaban  
en Compostela estos días,  
y a quien fiestas y alegrías  
en la ciudad concertaban.  
¿No ves por dónde venía  
a pie y solo? Bien parece  
que del mal que el monte ofrece  
el buen señor no sabía.

Bien parece que no sabe  
de los pérfidos ladrones  
que de nuestras posesiones  
tan larga parte les cabe.

MONTANO.

Terrible es la sujeción  
que aquí nosotros pasamos,  
y que así, Silvio, suframos  
un ladrón y otro ladrón.  
¿Que así de nuestras haciendas  
dispongan estos traidores  
como si fuesen señores?

SILVIO.

El cielo nos haga enmiendas.

MONTANO.

¿Y que duerma la justicia  
en quien la administra tanto?  
Oya el cielo nuestro llanto  
y él confunda su malicia.

SILVIO.

¡Oye, que suena ruido!  
MONTANO. ¿Quién duda de que serán  
estos traidores que están  
en este su infame nido?

SILVIO.

Ellos son, sin duda, calla.  
Hagamos como solemos:  
el rencor disimulemos  
con esta fiera canalla.

(Salen Formio, Fracaso, Brando, Zambo, Rumbo, Trinco, Felina, Alarico.)

FORMIO.

¡Por cierto, muy buen galán,  
dejar la dama y huir!

FRACASO.

Digo que puede servir  
la hija del Preste Juan.

BRANDO.

Si la ha de servir huyendo,  
nadie en el mundo mejor.

ZAMBO.

Y podrá alcanzar su amor  
si le ha de alcanzar corriendo.

RUNBO.

¡Oh, hideputa, el hidalgo,  
y qué ligero es de pies!

TRINCO.

Cierto. Gran lástima es  
que el señor no sea galgo.

FELINA.

Formio, deja ya la gracia.  
Sigue luego tras Oronte  
antes que salga del monte  
y acreciente mi desgracia.  
Córtale los pasos antes  
que llegar pueda a su torre.  
No tardes más, amor, corre;  
ruégote que te adelantes.  
Por mi amor te ruego y pido  
que te adelantes aquí  
en hacer, Formio, por mí  
según lo que has ofrecido.

FORMIO.

Basta, Felina, no más.  
No pidas tú lo que yo  
haré con quien me ofendió,  
lo que por tu amor verás.  
Ea, una cadena y hierros  
echad al momento a éste,  
y cada cual se me apreste  
a volar por estos cerros.  
Ya veis lo que importa, hermanos;  
ya veis Oronte lo que es.  
No se nos vaya por pies  
sin que caya en nuestras manos.

TRINCO.

Ya con sus pihuelas queda  
el ligero gavilán.

FORMIO.

¿Quién son los dos que allí están?

BRANDO.

¿Quién sigue nuestra vereda?

TRINCO.

Montano y Silvio, que son  
de veras nuestros amigos.

FRACASO.

Todos los somos testigos  
de su amistad y afición.

FORMIO.

Y yo lo soy más que todos.  
Muy en hora buena estéis.

SILVIO.

En ésa siempre os halléis.

FORMIO.

Venísme bien por mil modos.  
Dicha me ha sido el hallaros,  
que os hubiera de buscar.  
Siempre os he de importunar.  
No puedo, no, importunaros.  
De alguna provisión hoy  
tenemos necesidad;  
vosotros la remediad,  
que sin vitualla estoy,  
y por la boca del mar  
lo meteréis en la cueva.  
No es esto ya cosa nueva,  
seguro puedo quedar.

SILVIO.

Traeremos sin falta alguna  
eso que pides y más.

FELINA.

Gran rato tardado te has;  
(A Formio.)  
no sigues bien tu fortuna.

FORMIO.

No temas. Mi fe te doy,  
Felina dulce, querida,  
de quedar hoy sin la vida  
o traer a Oronte hoy.  
Ea, volando partamos,  
(A los salteadores.)  
y ése quede aquí contigo.  
(A Felina. Vanse los salteadores.)

MONTANO.

Y nosotros, Silvio amigo,  
por lo prometido vamos.

SILVIO.

Vamos, y en el cielo espero  
(Aparte a Montano.)  
que castigará algún día  
la maldad y tiranía  
deste bando inicuo y fiero.  
(Vanse Silvio y Montano.)

(Alarico, Felina.)

ALARICO.

¿Así, miserable mundo?  
¿Así, mudable fortuna?  
¿Ya en el cerco de la luna,  
ya derribado al profundo?  
¿Ayer un grande señor;  
hoy un esclavo afligido?  
¡Ayer por temor perdido,  
hoy perdido por amor!  
¡Ayer perdido en la mar;  
hoy más perdido en la tierra!  
¿Así, mundo, que esta guerra  
soléis a los vuestros dar?  
Bien acierta, según esto,  
mundo, quien en vos se fía,  
y a mí en esta pena mía  
con gran razón me habéis puesto.  
¡Ah, ciego amor, ciega furia!  
¡Bien es que a mi costa avise,  
pues a tantos hacer quise  
tan desenfadada injuria!  
¡A la Princesa, a Landino,

a mi honor, al cielo justo,  
por un tan infame gusto,  
intentar tal desatino!  
¿Amor pudo ser aquél?  
¿De aquella suerte es amor?  
Rabia es aquélla y furor,  
fuego infernal y cruel.

FELINA.

Extrañas quejas te escucho;  
suspensa me tienes, cierto.

ALARICO.

Aún, pues, a quejarme acierto.  
¡Ah, señora! Mas, ¿qué mucho?...

FELINA.

Cierto que me duele verte  
tan apasionado y triste.  
No lo estés, que no viniste  
aquí a manos de la muerte.

ALARICO.

Y aun eso es causa mayor  
para sentir más pasión.

FELINA.

Juraré que tu aflicción  
nace sin duda de amor;  
que en un hombre tal ternura  
no puede ser de otro efecto,  
y si es amor, es perfecto,  
que sentir tanto es fineza.  
Confiésalo, no te extrañes;  
descansa ahora conmigo,  
háblame muy como amigo  
sin que me mientas ni engañes,  
que sin duda a creer vengo,  
según conmigo convienes,  
que la misma sangre tienes  
que yo en las entrañas tengo.  
Dime quién eres, y dí  
tu pena y tu voluntad,  
y dime en todo verdad,  
y fía en todo de mí;  
que muy de veras, sin duda,

te doy desde aquí mi fe  
que a tu gusto acudiré  
como quisieres que acuda.

ALARICO.

No sé cómo agradecer  
esa merced singular;  
pues cuanto te puedo dar  
está todo en tu poder;  
y digo que es esto así  
porque la que ser podía,  
aun siendo esclavo, ser mía,  
está ya rendida a ti.  
En ésta mi voluntad,  
ques toda tuya, sin duda,  
sin que en otra parte acuda  
por gusto o necesidad;  
que el amor que de mí piensas  
no es amor sino pasión  
de verme en esta prisión  
y de otras cosas intensas.

FELINA.

De todas me has de dar parte,  
pues yo me doy toda a ti.

ALARICO.

Diré cuanto siento en mí  
por servirte y contentarte;  
y daréte expresa cuenta  
de mis sucesos extraños,  
llenos de infinitos daños.  
Oye, pues.

FELINA.

Escucho atenta.

ALARICO.

Es mi nombre Alarico, y es mi estado,  
o lo fue ya, de ilustre caballero;  
y es mi patria León, ciudad famosa,  
a cuyo grande Príncipe sirviendo  
desde mis tiernos años y los suyos,  
tan agradable vine a ser y acepto,  
que fui a quien quiso más que a todos juntos  
los criados de acerca su persona,

y los vasallos y los deudos suyos,  
mostrándolo con obras tan de veras  
que me dio estado y título de Conde.  
Y siendo camarero mayor suyo,  
fui quien supo su alma como él mismo,  
sin dejalle jamás un solo paso  
ni saberle dar él sin mí en su vida.  
Y así, determinando de partirse,  
tres años puede haber, a ver el mundo  
como ordinario caballero, dando  
muestras del gran valor de su persona  
(ques el que puede ser sin duda alguna),  
él y yo solos de León partimos.  
Y saliendo de España, en toda Francia  
no siendo conocido por quien era,  
por su excelso valor fue conocido  
en mil heroicas ocasiones de armas.  
Y pasando de Francia a Ingalaterra  
(adonde a Dios pluguiera no pasara),  
en unas grandes fiestas de mil suertes  
que por ciertas victorias allí había,  
fue lo que se mostró al discreto Príncipe  
de tal manera, que la hija única  
del Rey inglés, en quien los ojos puso,  
le dio su libertad, su vida y alma,  
su voluntad rindiéndole del todo,  
lo cual, visto por él, licencia habida  
de su padre, y estado conveniente  
a la alta calidad de su persona,  
al Rey inglés se descubrió, pidiendo  
a su hija Marcela por esposa,  
que le fue dada con inmenso gozo,  
del cual estuvo allí gozando un año  
el Príncipe Landino como en gloria,  
al fin del cual del padre fue llamado  
con diligencia grande y con socorro  
del suegro, por hallarse fatigado  
de los vecinos moros de Castilla.  
Vino con el socorro el hijo al punto  
y con su esfuerzo y con su suerte tuvo  
total victoria de los enemigos  
en breve tiempo, al fin del cual, hallándose  
como sin alma sin su esposa amada,  
a mí me encomendó (que no debiera),  
como aquél de quien más se confiaba,  
que fuese a Ingalaterra con sus naves



y con buena licencia de su padre,  
que la tenía ya, su amada esposa  
le trajese a León, donde él quedaba  
hasta acabar de sosegar la tierra.  
Fui yo, cuitado, fui por la Princesa.  
Saquéla de Inglaterra más gozosa  
que si de cautiverio la sacara  
por venir a su esposo tan querido.  
Embarquéla en la nave capitana  
que para aquello estaba lo posible  
compuesta, acomodada y bastecida.  
Dimos las velas al ligero viento,  
que favorable se ofreció al principio.  
Metímonos al mar la vía de España,  
para donde soplabla el viento en popa;  
mas en el golfo apenas nos hallamos  
cuando esforzó de suerte el bravo viento  
y alteró de manera el mar airado,  
que tras dos días de la más furiosa  
tormenta que se vio en el mar terrible,  
y tras haber perdido veinte naves,  
unas en peñas de la mar batidas,  
otras tragadas de sus altas ondas,  
en un batel pequeño la Princesa,  
yo y otros dos tan solamente vivos,  
dimos en tierra al pie desta montaña,  
donde...Pero ruido suena cerca.'

FELINA.

Formio debe de ser. El tiempo falta  
para poder hablamos más despacio;  
yo le procuraré con toda el alma.  
No te aflijas por verte así cautivo;  
yo soy cautiva tuya, y esto basta.  
Toma en fe dello mi palabra y mano.

(Vase Alarico.)

(Traen todos los salteadores a Oronte y Marcela.)

FORMIO.

Felina, para que veas  
mi pecho con quien te ofende  
y el cuidado con que atiende  
a todo lo que deseas,  
mira la presa presente  
que tanto me encareciste,

si de Oronte recibiste  
sin favor, él le descuenta.

FELINA.

Tan admirada me quedo  
cuanto contenta me hallo.  
El agradecello callo,  
pues con palabras no puedo.  
Así cuantos en el mundo  
te son contrarios, señor,  
traiga tu heroico valor  
y los abata al profundo.  
¿Cómo fue tan presto hecho  
caso de tanta importancia?

FORMIO.

Con diligencia y constancia  
y con intrépido pecho,  
y, más que todo, con suerte,  
que ésta es la que en todo puede,  
pues sin ella no sucede  
cosa que en el gusto acierte.  
O fue que el soberbio Oronte,  
tras querer hacerme afrenta,  
hizo de mí poca cuenta,  
o que perdió la del monte.  
Cerca de aquí descuidado  
con la dama le alcanzamos,  
y con éstas le rogamos  
que viniese a tu llamada;  
y él, como es noble y cortés,  
viene muy de buena gana,  
y la dama cortesana  
viene también, como ves.

FELINA.

Por cierto quedo obligada  
a su mucha cortesía,  
y por tu vida y la mía  
que les ha de ser pagada,  
y desta suerte será  
que hierren al galán luego  
los dos carrillos con fuego,  
y el cuerpo cual éste está,  
y a la dama generosa,  
porque esté cual su galán,

asimismo la pondrán  
que así estará más hermosa.  
Y en tanto venga esa ropa,  
que la quiero por despojos;  
y por tu vida mis ojos,  
que ya ves que viene en popa,  
que ésta ya a voces pedía  
quien viniese a descansalla:  
algo corrida se halla  
la dama, por vida mía.  
Mejor fuera, como yo  
le dije, dármele a solas,  
y las joyas, dama, diolas  
al galán a quien se dio.  
Según vi su voluntad,  
¿quién duda que las daría?;  
que al fin hallado ya había  
su gusto y comodidad.  
Apenas a Oronte vio  
cuando en su poder se puso,  
y él, como dellos es uso,  
al punto la recibió;  
pero a dos príncipes tales  
que tan presto amor juntó,  
asimismo Formio y yo  
haremos de estado iguales.  
Saldrá cierta la doctrina  
en el negocio presente,  
que despacio se arrepiente  
quien presto se determina.  
Pensó venderse por reina  
al bravo y famoso Oronte,  
señor nuestro y deste monte,  
adonde como rey reina;  
pensó que aquellos blasones  
y desgarros que decía  
cuando conmigo lo había  
eran divinas razones;  
pensó haber en él hallado  
un bastante defensor,  
mas al fin halló al señor  
más soberbio que esforzado.

ORONTE.

No ha faltado en mí el constante  
esfuerzo en esta ocasión,

y si bastara razón,  
defensa hubiera bastante;  
pero aquesto ha sido suerte,  
ya, como Formio ha dicho  
la cual, sin duda, hará  
presta y gustosa la muerte.

MARCELA.

Presta no puede ya ser  
aunque llegue en este punto;  
gustosa mucho, aunque junto  
traiga inmenso padecer.

FORMIO.

Ahora bien; esto ya queda  
hecho a tu gusto y contento;  
mas porque de cierto intento  
lo que deseo suceda,  
me conviene confesar  
muy de veras esta dama  
para cierta tela o trama  
que me conviene tramar.  
Todos os id allá dentro;  
dejadnos aquí a los dos.  
Felina, id con ellos vos  
en mi lugar, que ya entro.

FELINA.

Sea en hora buena. Vamos;  
pero no sé qué me diga;  
al fin tu gusto se siga.  
Como mandas te dejamos.

(Vanse todos, dejando solos a Formio y Marcela.)

FORMIO.

Hermosa cautiva mía,  
el quedar contigo aquí  
no fue por lo que fingí  
de la trama que decía;  
fue sólo para decirte  
que en esta dichosa presa  
ha sido mi alma presa  
con cuanto puede rendirte.

(Sale escondida Felina.)

FELINA.

Creo que ha de salir cierta  
(Aparte.)  
la sospecha con que vengo.  
Desde aquí escondida tengo  
de vella clara y abierta.

FORMIO.

Contemplándote enmudezco,  
y esa tu extraña beldad  
junta con tal majestad  
es freno a lo que apetezco.  
Mil novedades extrañas  
siento con tu vista aquí,  
y la mayor que hay en mí  
es terneza en mis entrañas.

FELINA.

Bien desengañada estoy  
(Aparte.)  
ya de lo que sospechaba.  
Basta que ofrece a la esclava  
lo que yo al esclavo doy.  
Ea, parejas corremos;  
el amor anda al igual.

FORMIO.

Solían ser pedernal  
para cualesquier extremos,  
y ahora veo que son  
cera las entrañas mías.

MARCELA.

Las mías son piedras frías  
para tu injusta intención.

FELINA.

No es mala respuesta aquélla;  
(Aparte.)  
mejor negociaré yo.

FORMIO.

A la que el amor causó  
¿llamas injusta querella?  
Harto más injusta cosa

viéndote aquí esclava mía  
es preciarte de tan fría,  
de tan dura y escabrosa.  
Pero dejemos aparte  
esos melindres y extremos,  
y deste caso tratemos  
con toda prudencia y arte.  
Quiero decir, mi Marcela,  
que nuestro amor se concierte  
sin que a conocello acierte  
quien de continuo me cela,  
ques esa loca mujer  
que tengo en mi compañía,  
a quien ya querer solía  
y ya no podré querer.

FELINA.

Paréceme que se va  
(Aparte.)  
calentando ya la boca.  
¿Ya es Felina en ella loca,  
y amalla ya no podrá?

FORMIO.

...que ya no será posible  
queriéndote bien a ti  
que quepa otro amor en mí,  
y ésta es cosa bien creíble,  
pues tu extremado valor  
no sufre amor repartido,  
pero fuerza a ser querido  
con todo lo que es amor.

MARCELA.

Fiera suerte de tormento,  
áspera desdicha y suerte.  
¡Ay, cuán tarda que eres, muerte,  
cuando has de ser de contento!

FORMIO.

Esas son melancolías  
de pechos apasionados,  
y extremos muy excusados  
que fundan en niñerías;  
pero a tu triste pasión  
daré yo la medicina.

FELINA.

Si no lo estorba Felina.  
(Aparte.)

MARCELA.

No tengas esa opinión,  
que te certifico y digo,  
fiero monstruo, fiera dura,  
que mi valor me asegura  
contra tu intento, enemigo.  
¿Piensas que yo no podré  
darme aquí la muerte a mí?

FORMIO.

Pienso que harás de ti  
sólo lo que yo querré.  
Bárbara, ingrata, indiscreta,  
loca, arrogante y altiva,  
¿miras que eres mi cautiva?  
¿Miras que me estás sujeta?  
Ahora bien; no quiero ahora  
pasar en esto de aquí  
hasta que veas de mí  
que te quiero por señora,  
que entonces de ti confío  
que estimarás mi afición  
y echarás del corazón  
ese aborrecible frío.  
Vamos, que tardamos ya.  
Entrémonos en la cueva,  
donde con bastante prueba  
mi amor se descubrirá.

MARCELA.

Antes permitirá el cielo  
por su clemencia mi muerte.

FORMIO.

Yo sé que tengo de verte  
con mucho gusto y consuelo.  
(Vanse Formio y Marcela.)

FELINA.

Notable ventura ha sido  
oír este parlamento,

porque irá con él mi intento  
a mi provecho medido.  
Alarico es Conde, y muestra  
agradecer mi afición.  
Este Formio es un ladrón;  
mucho la razón me adiestra.  
Mucho los ojos me abre  
la razón en mi provecho.  
Un notable, un justo hecho  
conviene que trace y labre.  
Formio ha de morir ahora.  
Sí, sí, Formio ha de morir  
porque yo pueda vivir  
con Alarico, y señora.  
Y está el negocio en la mano  
y de mi ventura lleno.  
Mataréle con veneno,  
ques más fácil y más llano.  
Un mazapán o rosquilla  
como acostumbro le doy  
¡No, no! No ha de pasar de hoy.  
La traza es de maravilla:  
Pídeme con qué beber,  
como siempre suele, y yo  
doyle con qué beber; no,  
sino la muerte a comer.  
Muere, vanse los ladrones  
faltándoles el señor,  
y yo entre tanto a mi amor  
quito hierros y prisiones,  
y a él me sujeto y rindo  
llena de gozo y contento.  
Este es resolutivo intento,  
y es a maravilla lindo.  
Haréle puntualmente  
y en todo acertarle espero,  
que no es el caso primero  
de mi corazón valiente.  
Voy, pues, a poner por obra  
tan sana resolución,  
pues ánimo y ocasión,  
razón y voluntad sobra.  
(Sale Alarico.)

ALARICO.

¿Dónde con tal prisa vas



ahora que a verte vengo?

FELINA.

Ya no voy, ya me detengo,  
pues tú detenido me has.  
A negocio de importancia  
iba, mas es muy mayor  
quedar con quien es de amor  
toda mi mayor ganancia.  
Pero no quiero quedar  
aunque así me importe a mí  
por lo que te importa a ti  
lo que voy a negociar.

ALARICO.

Y caso que a mí me importa,  
¿no es bien que lo sepa yo?

FELINA.

Ahora, Alarico, no;  
que es breve la hora y corta.  
A tiempo y con más lugar  
de todo os daré razón;  
mas, señor, con condición  
que a mi amor se ha de pagar.

ALARICO.

Hago al cielo soberano  
de que soy vuestro testigo,  
y en fe de perpetuo amigo  
os doy, señora, esta mano.  
(Sale escondido Formio.)

FORMIO.

¿Es ilusión lo que veo?  
(Aparte.)

FELINA.

Pues con tal prenda, esta fe  
a su tiempo os pediré.

ALARICO.

Será cual vuestro deseo.

FORMIO.

¿Qué hay más que ver o aguardar?

(Aparte.)

FELINA.

Ahora de aquí nos vamos,  
que ha mucho ya que faltamos.

FORMIO.

¿Que no los he de matar?

(Aparte.)

ALARICO.

Vamos, como mandas, parte.

FELINA.

El disimular te encargo.

ALARICO.

Todo lo tomo a mi cargo  
cuanto fuere contentarte.  
(Vanse Alarico y Felina.)

FORMIO.

¿Que no los maté? ¿Es posible?

¿Que no los he muerto aquí?

¿Soy yo Formio? ¿Estoy en mí?

No lo estoy, es imposible.

Pero quiero reportarme.

¿Para qué es enojo y furia,  
pudiendo vengar la injuria  
sin afligirme y matarme?

Y más en esta ocasión,  
que viene a pedir de boca,  
matar esta mujer loca  
para mi nueva pasión.

Un lazo, un cuchillo, un pozo,  
o arrojalla de un peñasco;  
o mejor que todo, un frasco  
de agua fría que es su gozo.

Un frasco ha de ser, no hay duda;  
pero adobado de suerte  
que por momentos la muerte  
tras escancialle acuda.

Es verdad, pues que le falta  
forma a Formio para aquesto,  
ojalá que yo tan presto  
remediase cualquier falta.

Cosas tengo y cosas sé  
que poner en la bebida,  
que por momentos la vida  
su censo a la muerte dé.  
Harélo al fin desta suerte,  
sin alterar ni alterarme,  
que importa ahora mostrarme  
más cauteloso que fuerte,  
porque a mi Marcela amada  
mueva el corazón terrible,  
que si me fuese posible  
no la querría forzada.  
Querría que enterneciese  
aquel corazón de acero,  
y que lo que della quiero  
ella también lo quisiese.  
Y, sin duda alguna, creo  
que, viendo muerta a Felina,  
vendrá Marcela divina  
a todo lo que deseo.  
Ea, pues, Felina muera.  
Voy a apresurar mi suerte,  
pues veo que de su muerte  
tal vida a mí se me espera.  
(Formio, Montano, Silvio.)

MONTANO.

Queda en la cueva ya como mandaste  
la provisión, señor, que antes pediste.

SILVIO.

Cuatro carneros, cada dos, trujimos,  
y cuatro quesos y otras tantas názulas.

FORMIO.

Yo os lo agradezco mucho, y desda suerte  
me tendréis por amigo verdadero  
para cuanto en el mundo se os ofrezca.  
Y adiós, amigos.

SILVIO.

Él os dé su gracia.  
(Vase Formio.)

MONTANO.

Él os confunda, bárbaros tiranos,

desta mísera sierra duro azote.  
Y ahora espero, Silvio, que el castigo  
como yo le suplico el cielo envíe,  
que la ocasión tan rara que se ofrece  
no puede ser que menos bien nos cause.

SILVIO.

Así, sin duda, yo, Montano, creo.  
Extraño caso, milagroso y grande,  
que esta señora sea la que aguardan  
en Compostela, y que es mujer del Príncipe  
que aquí nosotros vimos, y la tenga  
cautiva desta suerte esta canalla  
como nos dijo Oronte, persuadiendo  
que al Príncipe volando aviso demos.  
¿Y habémosle de dar?

MONTANO.

¿Pues eso dudas  
habiendo de ganar ricas albricias  
y siendo, como pienso y como creo,  
el remedio total de nuestros daños?  
Pues es cierto que el Príncipe, vengando  
tan grande agravio y tan atroz injuria,  
no ha de dejar, librando esta comarca,  
destos traidores uno solo a vida.

Silvio

No lo dudo, Montano. Y lo que importa  
es hacer la posible diligencia  
y con gran discreción y aviso dando  
al Príncipe el aviso, por nosotros  
sea traído como por los aires  
al nido infame que su esposa esconde.

MONTANO.

Así es mi parecer. Y lo que añado  
es que no venga por aquí, que vaya  
por la boca del mar, que es la más fácil  
para entrar con la gente que a tal caso  
el Príncipe traerá, que a buen seguro  
que será cual él es.

SILVIO.

Haslo advertido  
maravillosamente. En vuelo vamos

a ponerlo por obra firmemente,  
esperando en el cielo que castigue  
la insolencia y maldad como acostumbra.

### PARTE TERCERA

(Fracaso, Trinco, Brando, Zambo, Rumbo.)

FRACASO.

Digo que habemos de ir, que es hoy el día  
que a la mar viene innumerable gente.

TRINCO.

Eso mismo, Fracaso, yo decía,  
pero Formio, por hoy, no lo consiente.

BRANDO.

Eso diré yo que poltonería  
y no buena razón ni aun aparente.

ZAMBO.

Así lo digo yo también, que cierto  
fuera el ganar, saliendo a ver el puerto.

RUNBO.

¿Cómo queréis que salga, si está puesto  
entre las dos rameras que allí tiene,  
hecho de amor como de vino un cesto  
y a las manos el gusto y bien le viene?

FRACASO.

Digo que el acudir todos al puesto  
M mar, hoy en extremo nos conviene.

TRINCO.

Si ganar deseamos, está claro  
que ese es nuestro refugio y nuestro amparo.

BRANDO.

¿A él qué se le da que no ganemos,  
pues tiene provisión de los pastores?

ZAMBO.

¿Quiere que le sirvamos y adoremos?  
¿Quiere al uso ya andar de los señores?  
Alguna vez quizá le serviremos  
si lleva él adelante estos amores.

RUNBO.

Con una jara, ¿qué servir?

FRACASO.

Espera,  
que Formio sale tras nosotros fuera.

FORMIO.

¿Qué es esto? ¿Qué rumor, qué estruendo es éste?  
¿No basta decir yo que no conviene  
salir hoy? ¿Busca alguno que le cueste  
lo que quizá muy merecido tiene?  
Nadie las armas para hoy apreste;  
la cólera y el brío se refrene,  
y oídme atentos sin pasión ni enojo.  
Veréis que lo mejor en esto escojo.  
Ya veis que aquí tenemos preso a Oronte,  
que era el que pretendía darnos guerra  
por tener un castillo al pie del monte  
y alrededor un término de tierra.  
Mañana quiero, antes que el sol trasmonte,  
que sea mío cuanto en él se encierra.  
Digo que ha de ser nuestra la hacienda  
de Oronte, sin trabajo ni contienda.  
Harémosle firmar aquí una carta  
de la suerte que al caso más convenga.  
No os digo más, ya me entendéis, pues harta  
razón parece que yo en esto tenga.

FRACASO.

Nadie de tu opinión, señor, se aparta.

TRINCO.

Ninguno hay que con ella no convenga.

BRANDO.

Digo que tienes mil razones.

ZAMBO.

Digo  
que tus razones y opiniones sigo.

RUNBO.

Milagrosa es la traza y ya la veo  
puesta por obra en gran provecho nuestro.

FORMIO.

¿Pensáis que duerme yo o que devaneo,  
o que ahora comienzo a ser maestro?  
Sabed que es el de todos un deseo,  
y que en él soy tan práctico y tan diestro  
como vosotros mismos sois testigos.  
No haya, pues, más. Volveos dentro, amigos.

FRACASO.

¡Vivanos cien mil años tal caudillo!

TRINCO.

¡Dete dichosa suerte en todo el cielo!

BRANDO.

¡Señor te vea mañana del castillo  
de Oronte, como traza tu buen celo!

ZAMBO.

¡A tu contrario, triste y amarillo,  
postrado veas ante ti en el suelo!

RUNBO.

¡Rey te vea yo de innumerables gentes,  
pues lo eres ya de todos los valientes!  
(Vanse los salteadores.)

FORMIO.

¡Oh, bárbara canalla comunera,  
madre de rebeliones y motines,  
hija del vulgo vil y de la fiera,  
furia que engendra y cría los malsines;  
varia, mudable, fácil y ligera,  
llevada siempre a los peores fines!  
¿Qué fuerzas celestiales, qué influencia  
causa en los hombres tanta diferencia?  
¡Que sepan unos cuanto tiene el cielo,  
y otros ni un palmo sepan de la tierra!  
¡Que unos vean las cosas sin un velo,  
y otros antellas tengan una sierra!  
Uno levanta el pensamiento en vuelo;

otro en un cetro el pensamiento encierra.  
Y todos hombres son, todos un supuesto  
de cuerpo y alma racional compuesto.  
Providencia es del cielo con que el mundo  
se sustenta en igual medida y peso.  
Yo, que a nadie en mi tierra era segundo  
en sangre, en honra, en opinión, en seso,  
puesto me veo donde me confundo  
cuando estas variedades mido y peso.  
Puesto me veo en parte donde... ¡Basta!  
En vano en esto el tiempo ya se gasta.  
Ya aquí me tiene a mi pesar mi suerte,  
haga de mí lo que su gusto fuere.  
¿Quién se puede mostrar, quién hacer fuerte  
contra lo que permite el cielo o quiere?  
Al fin vendrá la igualadora muerte  
y ella me llevará donde él quisiere,  
en tanto yo la de Felina quiero  
que venga al dulce punto que la espero.  
Dulce punto será, pues de Marcela  
será causa que goce su venida,  
cortado el hilo a la amorosa tela  
que vi con Alarico estar urdida.  
Grande provecho tiene esta cautela;  
della espero tener gozosa vida,  
libre del trato vil desta Felina,  
cautivo de Marcela, que es divina.  
En el frasquillo de oloroso adobo  
está el veneno milagrosamente,  
y del arte que yo el veneno adobo,  
no hay cosa al parecer tan excelente.  
Con piel de oveja irá esta vez el lobo,  
y no va al corderillo, no, inocente,  
sino a raposa lo posible astuta  
en quien tal muerte al justo se ejecuta.

(Sale Felina.)

FELINA.

¿Qué alboroto, qué ruido  
ha sido éste de esta gente?

FORMIO.

El que suele comúnmente  
salir de quien ha salido.



FELINA.

Hame dado alteración  
la de esos hombres de suerte  
que la imagen de la muerte  
ha visto mi corazón.  
¿Qué querían? ¿En qué daban?  
¿Qué era ahora su negocio?

FORMIO.

Paréceles grande el ocio  
porque hoy sólo en ocio estaban.  
Son bárbaros sin razón,  
pero al fin, como he podido,  
con la razón he medido  
su irracional opinión.

FELINA.

Y yo aseguro que habéis  
tenido vos harta parte  
del enojo que reparte  
tal caso.

FORMIO.

No lo dudéis.

FELINA.

Desechalde por mi vida.  
¿Queréis tomar algo? Sí,  
y aun creo que traigo aquí...  
Sí traigo; viene a la medida.  
Esta rosquilla es muy buena,  
ques de alcorza de Lisboa,  
la que en la barca o canoa  
hallastes en la serena.  
Comelda, por vida mía,  
que yo os traeré de beber.

FORMIO.

No quiero ahora comer.

FELINA.

Baste la melancolía.  
Sí, por mi vida, comelda.

FORMIO.

No quiero ahora, guardalda;

pero dádmela; dejalda...

FELINA.

Muy en buen hora, tenelda.

FORMIO.

Después beberé con ella  
y yo quiero aquí guardalla  
hasta mejor emplealla.

FELINA.

¿Y será sin darme della?

FORMIO.

Cuando sin enojo esté,  
digo que la he de emplear,  
y della no os he de dar,  
mas de beber os daré.

FELINA.

Pues si de beber me dais,  
eso es quererme decir  
que la habemos de partir.

FORMIO.

Bueno, bien argumentáis.  
Todo será a vuestro gusto.

FELINA.

Pues si a mi gusto ha de ser,  
toda os la habéis de comer.

FORMIO.

Entre los dos es más justo.

FELINA.

No, más justo es que gocéis  
vos solo de ese regalo,  
con quien en dulzura igualo  
el amor que me tenéis,  
que bien conozco que es mucho  
por las obras que en vos veo.

FORMIO.

En oíros me recreo,  
y así callando os escucho.

FELINA.

Quisiera poder deciros,  
mi bien, para recrearos  
junto con lo que sé amaros  
lo que deseo serviros;  
pero no llega la lengua  
al sentimiento del pecho,  
así mi amor satisfecho  
fuese del vuestro sin mengua.

FORMIO.

Yo estoy bien desengañado,  
querida Felina, deso,  
y tratar dello es exceso  
en amor tan confirmado.  
Nuestras voluntades son  
una al amor ofrecida.

FELINA.

Vuestra sé yo que es mi vida.

FORMIO.

Y vuestro mi corazón.  
(Sale Montano.)

MONTANO.

Señores, si mandan algo,  
aquí tienen un hermano.

FORMIO.

¿De dónde, amigo Montano?

MONTANO.

Señor, de su cueva salgo.  
Por la boca de la mar  
entré, y salgo por aquí,  
que como allá no le vi  
aquí le vine a buscar,  
por ver si soy menester  
en algo de lo que ofrezco.

FORMIO.

El cuidado os agradezco  
cuanto os debo agradecer.  
¿Dónde vais?

MONTANO.

Por aquí voy,  
que ando en ciertas asechanzas  
de un lobo que en sus paranzas  
pienso que he de coger hoy.  
Ya veis esto lo que importa  
a un pobre pastor.

FORMIO.

Sí veo.  
El cielo os cumpla el deseo.

MONTANO.

Temo a mi ventura corta.

FORMIO.

Vos la tendréis, no temáis;  
y adiós, amigo Montano.

MONTANO.

Dios los guarde.

FELINA.

Adiós, hermano.

MONTANO.

Hermosa y bizarra estáis.  
(Vanse Formio y Felina.)  
¡Ah, cuán de veras, traidor,  
te dije que espero aquí  
hoy para cogerte a ti,  
fiero lobo robador!  
En asechanza te tengo  
tal, que milagro será,  
según ordenado está,  
si desta vez no me vengo.  
Mas es imposible cosa;  
no hay temer corta ventura.  
El Príncipe me asegura  
y el alto amor de su esposa.  
¡Qué bravos extremos hizo  
cuando el aviso le dimos!  
¡Cuán claro su valor vimos!  
¡Cuán como rey satisfizo!  
Desta vez del monte salgo,

o si no, soy dél señor.  
Saldré de pobre pastor  
a ser un rico hidalgo.  
Ya tarda el Príncipe mucho,  
pero que viene ya creo,  
si acaso no es el deseo  
este ruido que escucho.  
No es el deseo, ellos son.  
Silvio es el que veo aquí.  
(Sale Silvio.)

SILVIO.  
¿Es hora, Montano?

MONTANO.  
Sí,  
hora, lugar y ocasión.  
¿Qué del Príncipe? ¿No viene?

SILVIO.  
Sí, tras mí sigue.

MONTANO.  
¿Y su gente?

SILVIO. Por camino diferente  
está ya donde conviene,  
y los de más confianza  
consigo trae. Hele aquí.  
(Salen Landino, Isidro, Dionisio, Ismenio.)

LANDINO.  
Amigos míos, decid:  
¿Es hora? ¿Ha habido tardanza?

MONTANO.  
Señor, no hay tardanza alguna,  
pero conviene no habella,  
pues siempre a quien huye della  
sigue la buena fortuna.  
Por la boca de la cueva  
que a la marina va a dar,  
conviene a Formio asaltar  
porque suceder bien deba;  
ques más clara por allí  
y más segura la entrada,

menos torcida y guardada.  
Fíate en todo de mí.  
Demás de que allá están todos  
donde los has de coger  
sin recelar ni temer,  
descuidados por mil modos.  
Facilísima es la empresa,  
que ya la gente traidora  
estará, sin duda, ahora  
del vino y del sueño presa.  
Ve, Señor, volando, pues,  
y guíete el justo cielo.

LANDINO.

Amigo, yo voy, yo vuelo.  
Silvio, apresura los pies.  
Con diligencia me guía  
y a los tres yo os guiaré  
donde, como vuestra fe,  
vea vuestra valentía.

ISMENIO.

¡Ve deso, Señor, seguro!

DIONISIO.

¡Ve, Señor, seguro y cierto!

ISIDRO.

¡O vencer, o quedar muerto!

LANDINO.

Pues la victoria aseguro.  
(Vanse todos, dejando solo a Montano.)

MONTANO.

¡Oh, justiciero y poderoso cielo  
que humildes ruegos con clemencia escuchas!,  
oye los nuestros, guía y favorece  
al valeroso Príncipe ofendido;  
dale en esta ocasión el mismo esfuerzo  
que dél se cuentan mil proezas de armas  
por quien es ya en el mundo tan famoso  
Pero, ¿quién sale de la cueva? ¡Formio!  
(Sale Formio.)

FORMIO.

¿Aún no ha caído el lobo en la paranza,  
Montano amigo? ¿Todavía le atiendes?

MONTANO.

Aún no ha caído. Pero yo te juro,  
Formio, que ha de caer antes de mucho  
o me andarán muy mal a mí las manos.

FORMIO.

¿Quieres que en algo yo te ayude?

MONTANO.

Tengo  
en gran merced tan grande ofrecimiento  
y, por mi vida, que según yo veo,  
al cabo habrá de ser con vos la caza  
para que pueda yo valerme en ella.

FORMIO.

Mira, pues, lo que quieres que yo haga.

MONTANO.

Iré a tratarlo con mis compañeros  
y yo os avisaré.

FORMIO.

Muy en buen hora.

MONTANO.

Vuestra gente, ¿qué hace?

FORMIO.

Por hoy nada;  
unos jugando, otros durmiendo quedan.

MONTANO.

Pues si en tal ocio está, viene a buen tiempo  
mi pretensión. Yo vuelo a dar aviso  
desto a mis compañeros, y al momento  
seremos con vosotros, y adiós queda.

FORMIO.

Ve en hora buena, y trázalo a tu gusto.  
(Vase Montano.)  
Y ya que hoy no se caza de otra suerte,  
no dejará de darme gusto un rato

esta caza que suelen los pastores  
hacer de lobos, que es de gusto llena.  
Pero entre tanto yo de mi raposa  
hacerla pienso con aqueste lazo.  
Vos, frasquillo adobado de mi mano,  
el lazo y red seréis en que Felina  
caerá esta vez con más contento mío  
que el que tendrá Montano con su lobo.  
Y digo que caerá, porque es de suerte  
el veneno mortífero que tiene,  
que, cayendo dormido el que le toma,  
rendirá el alma en sosegado sueño.  
No se puede quejar de mí Felina;  
muerte le doy suave y apacible.  
Ahora bien; aquí importa por ahora  
que este frasquillo quede, mientras entro  
a ver de qué manera le acomode  
para que dé con él Felina sola.  
Quédese aquí; yo voy. Pero ¿quién sale?  
(Sale Marcela.)

MARCELA.

La desdichada Marcela  
es, señor, quien sale aquí  
a ver si es verdad en ti  
lo que muestras o cautela.  
Señor, si es verdad que quieres,  
como dices, a esta triste,  
y amor en obras consiste,  
ruégote que aquí te esmeres.  
Haz de Alarico el castigo  
que merece según ley,  
quien es traidor a su Rey  
y a su amigo es enemigo.  
Éste, demás de haber sido  
contra su Rey desleal,  
tanto que no tiene igual  
la traición que ha cometido,  
ahora aquí todavía,  
también en ofensa tuya,  
siguiendo la maldad suya,  
en perseguirme porfía.  
Castígale, te suplico,  
quítamele de delante,  
que no hay mal que así me espante  
como mirarme Alarico.



Y tú, señor, pues es cierto,  
aunque estás en esta vida,  
que es tu sangre esclarecida,  
ten en amarme concierto.  
No me aflijas, no me fuerces;  
mira quién soy y quién eres.  
Por lo que, señor, me quieres,  
pido que en esto te esfuerces.

FORMIO.

Princesa, para mí reina,  
no me ruegues desta suerte,  
pues tengo de obedecerte  
como a quien en mi alma reina.  
Quiero responder primero  
a lo que postrero mandas,  
aunque en ello cruel andas  
con mi amor verdadero.  
Digo que por no ofenderte,  
señora, ni disgustarte,  
me pondré, por contentarte,  
en las manos de la muerte.  
En lo demás no me ofrezco,  
ques dar palabras al viento.  
Espérame aquí un momento,  
verás como te obedezco.  
Y para que desalteres  
el corazón alterado,  
come desto aquí un bocado  
en tanto que aquí me esperes.  
Cómelo a mi devoción,  
dulce Marcela divina,  
que es cordial medicina  
para el triste corazón.  
Y como esa alcorza doy,  
la vida daré por ti.  
Pero ya me tardo aquí;  
a tu mandamiento voy.  
(Vase Formio.)

MARCELA.

Consolada me ha dejado  
con estas palabras buenas.  
Alívanse algo las penas  
desde mi afligido estado.  
Y pues el cielo me envía

este aunque corto consuelo,  
posible será que el cielo  
mayor me le dé algún día.  
Posible será que yo  
vuelva a ver mi dulce esposo,  
volviendo el tiempo el reposo  
que con su ausencia llevó.  
Haga como puede el cielo  
esta clemencia conmigo;  
dél, como de fiel amigo,  
fío todo mi consuelo.  
Alcorza es ésta y ¡qué bien  
que huele! El olor consuela.  
Tener solía Marcela  
estos regalos también.  
Quiero un poco sentarme  
y ensanchar el corazón,  
aunque mi triste pasión  
porfíe en atormentarme.  
¿Qué vaso es éste que encuentro?  
Agua me parece, sí.  
¿Quién le habrá dejado aquí?  
Alguno de los de dentro.  
Comeré desto un bocado,  
ques alcorza y escogida,  
la cual es cosa sabida  
que alegra el pecho alterado.  
Y viene el agua tras ella  
harto a propósito; a fe  
que con sed la beberé,  
que deseaba bebella.  
Dejadme ahora, memoria;  
¿para qué me atormentáis?  
Eso que representáis  
pasó como humana gloria.  
¿Que una dama de este lado  
y otra destotro tenía  
cuando en mi estrado quería  
beber comiendo un bocado?  
¿Que el menino, que la dueña,  
que el mayordomo acudía  
a cuanto yo apetecía,  
haciendo sola una seña?  
¿Que con tanta reverencia  
le traían a Marcela  
con el agua de canela

las conservas de Valencia?  
¿Y que partiendo el bocado  
con mi dulcísimo esposo  
le daba en él de sabroso  
el punto, y de regalado?  
¿Y en la copa transparente  
como el hielo fría y alba  
nos hacíamos la salva  
bebiendo ambos igualmente?  
¿Y que ahora por rincones  
como desta alcorza acaso  
y bebo en aqueste vaso  
donde beben cien ladrones?  
Memoria, dejaldo ya,  
pues mi mayor mal es éste:  
la castidad no nos cueste,  
que todo se sufrirá.  
Todo, aunque la muerte sea  
comer y beber así,  
sufrirá Marcela aquí  
como aquí su honor posea.  
Extraño sueño me ha dado.  
¡Y qué extraño y repentino!  
Aunque fuera el agua vino  
¡Jesús, qué torpe he quedado!  
¿Que no le he de resistir?  
¿Que un sueño no he de vencer  
ni levantar ni mover?  
Pues ¿cómo aquí he de dormir?  
¿Hay más extraña torpeza?  
Imposible es levantarme,  
ni valerme, ni ayudarme;  
brava congoja y tristeza.  
En plomo me-he convertido.  
¡Ay, Dios, y qué pesadumbre!  
No hay ver del cielo la lumbre.  
¡Jesús! ¡Fáltame el sentido!  
(Hay dentro gran rumor de batalla, diciendo lo siguiente:)

LANDINO.

Mueran, no haya clemencia,  
que en casos semejantes  
el rigor es justísimo y loable.  
Del cielo es la sentencia;  
queden estos gigantes  
debajo de su monte abominable

como los de la tierra  
que al trono celestial movieron guerra.

(Salen Landino, Ismenio, Isidro, Dionisio.)

Mas aunque la victoria  
destos fieros traidores  
como la pretendimos se ha tenido,  
no ha llegado su gloria  
a lo que los pastores  
me tienen tan de veras prometido.  
Si a mi esposa no veo  
¿qué victoria o qué gloria aquí poseo?

ISMENIO.

¿Cómo que no la hallas?  
Hela aquí, Señor, hela.

LANDINO.

¿Ésta es mi dulce esposa, ésta es mi vida?  
¿Por qué, señora, callas?  
Recuerda, mi Marcela.  
¿Este enojosa acaso mi venida?  
¿Cómo no me respondes?  
¿Dónde tu alma, dónde mi alma escondes?  
No está tu alma y mía  
aquí en tu cuerpo bello;  
claras señales dello en él se muestran.  
Sin movimiento y fría,  
claras señales dello  
que al fin a mí me guían y me adiestran.  
¡Áspera y fiera suerte,  
hallar mi vida convertida en muerte!  
¿Es posible, Marcela,  
que os halla así Landino  
al fin de ausencia tan pesada y larga?  
Si el alma alegre vuela  
al asiento divino,  
libre desta suave y bella carga,  
detenga un poco el vuelo,  
vuelto los ojos a mi desconsuelo.  
Deténgase un momento  
mientras parto tras ella.  
Amigos, no estorbéis esta mi vida.  
Este hierro sangriento  
en tu justa querella

será instrumento ahora en mi partida.  
Dejad, dejadme, digo;  
mirad, mirad que a mi Marcela sigo.

ISMENIO.

Señor, no es ése el medio  
para alcanzar tu vida,  
sino para tener eterna muerte.

ISIDRO.

¿Olvidas el remedio,  
Señor, de tu subida  
prudencia, ornada de tu pecho fuerte?

DIONISIO.

Deja, Señor, la espada,  
que no es remedio aquí la muerte airada.

LANDINO.

Amigos, ¿qué habrá sido  
desdicha tan terrible?  
¿Quién puede haber así mi vida muerto?

ISMENIO.

¿Cómo ha de ser sabido?

ISIDRO.

Sabello es imposible.

DIONISIO.

Imposible es, Señor, ser descubierto.

LANDINO.

Nadie aquí me consuele,  
si, como es justo, mi dolor os duele.  
(Salen Silvio y Montano.)

SILVIO.

Todo en la cueva es muerte.

MONTANO.

No dejo cosa a vida;  
el furor ciego a la venganza intento.  
¡Oh miserable suerte!  
¡Ah espada embravecida!,  
en aquel riguroso encendimiento

ajena de clemencia,  
hacer no pudo, Silvio, diferencia.  
Y así sin culpa, Oronte  
murió entre los culpados,  
y el otro esclavo y la mujer cuitada.

LANDINO.  
Dejemos este monte  
donde mis tristes hados  
tal desventura me tenían guardada.

MONTANO.  
¿Qué lástima es aquésta?

SILVIO.  
Bien clara está, Montano, y manifiesta.

LANDINO.  
Vamos amigos, ea.  
Y como me guiastes  
para ver esta amarga y triste muerte,  
para quien la desea  
cual aquí la estorbastes,  
sed guía ahora, que sería gran suerte  
trocar por muerte vida  
tan lastimada y tan aborrecida.  
Será cual la padezco  
eterna mi amargura  
en viudez de tristísima memoria.  
Esto a vuestra alma ofrezco  
en fe sincera y pura  
de mi amorosa y desdichada historia,  
y a vuestro cuerpo un templo  
que sea de amor y de desdicha ejemplo.  
Yo, amigos, en mis brazos  
quiero llevar mi esposa;  
esto no me impedáis, que mi consuelo.

ISMENIO.  
Haráste mil pedazos.

LANDINO.  
Será suerte dichosa  
y a tal me traya el piadoso cielo  
que con mi esposa junto  
llegue mi triste vida al postrer punto.

ISIDRO.

Todos te ayudaremos.

DIONISIO.

Todos en tu tristeza  
tener queremos la debida parte.

ISMENIO.

Y los llantos y extremos  
rinda tu fortaleza,  
y tu prudencia della no se aparte.

LANDINO.

No más, amigos, vamos;  
mi triste suerte trágica sigamos.

*TRAGEDIA*

Yo la tragedia, altísimos oyentes,  
de quien espero ser favorecida,  
pido que levantéis las altas mentes  
a la verdad que en mí notáis fingida,  
que así podréis huir inconvenientes  
de que está llena vuestra humana vida,  
haciendo en la memoria vivos templos  
de mis notables trágicos ejemplos.

FIN